

ra que se lo enviara a mi madre en caso de que yo no regresara.

Como anécdota, entre las muchas que podía contar, recuerdo que un día estando en un patio, bajo un emparrado, preparando unas tortas de harina, cayó una granada de mortero y se quedó enredada en la parra sin explotar, precisamente encima de mi cabeza.

A una pregunta nuestra, nos contesta: «Efectivamente, el día 7 de abril de 1936, fui citado en la Orden de la Academia, por haber donado sangre voluntariamente a un acogido del Hospital Cívico-Militar de Toledo.

Hemos tenido en nuestras manos la citada orden, que firmada por el Teniente Coronel Valencia, dice lo que sigue: «Al publicarse en la orden el documento anterior, me proporciona la satisfacción de felicitar al soldado Julio Cantero Martínez, por su laudable proceder y por sus sentimientos humanitarios, y que nos dá clara idea de cuál es el concepto que este soldado tiene de sus deberes, no sólo militares, sino ciudadanos y de amor a sus semejantes. Se puede asegurar que con soldados así, los más grandes sacrificios si la Patria lo exigiera, se cumplirían heroicamente, va que de heroica puede calificarse su generosa prestación, sin más satisfacción que la elevadísima, del cumplimiento de un deber del máximo exponente de generosidad.

Estoy seguro que este ejemplo, para cuyo encomio faltan palabras, será seguido por todos, en

cumplimiento de los deberes que a cada cual competen, sin reparar en sacrificios por grandes que estos sean; pues, en todo caso, sea la mayor aureola de gloria a que todos los que vestimos uniforme militar, en sus distintas jerarquías, debemos aspirar, como ejecutoria suprema del cumplimiento de la misión encomendada».

**Don Timoteo Espadas Carrasco**, se expresa en parecidos términos que Cantero. Se incorporó al ejército el 1 de febrero de 1936 y fué destinado a la Compañía de tropas de la Academia de Toledo.

El 21 de julio, fué destinado a la unidad que defendía la piscina y el sitio conocido por el «paso curvo». Prestó servicios de armas durante todo el asedio. Fué citado en la Orden del Día, como distinguido en la defensa de estos lugares.

Una bomba de la aviación roja le dejó enterado, sin que sufriera heridas de consideración.

La explosión de la mina, le dejó aislado con diez hombres más, del resto de los defensores del Alcázar, teniendo que abrirse paso hasta unirse con los mismos.

Nos cuenta el alto espíritu que mantuvieron durante todo el asedio y la emoción indescriptible de la llegada de las fuerzas Nacionales a Toledo.

Como consecuencia de su estancia en el Alcázar, padece una afección asmática de la que no se ha recuperado.

